



ESTRUENDÓPOLIS

¿Que dónde está situada esa ciudad?

Pues, según los diccionarios geográficos, á los $40^{\circ} 24' 57''$ de latitud y á los $6^{\circ} 2' 30''$ de longitud.

Las señas son mortales, y nadie me dirá que invento ciudades fantásticas como las que pueblan el mapa ideal de nuestra Península, trazado por Galdós.

Ahí va, para remachar el clavo de la realidad, este suelto que se ha publicado en todos los periódicos de Estruendópolis:

“Los tenientes de alcalde, en una reunión que celebraron ayer en el Ayuntamiento

acordaron, entre otras cosas, multar con 50 pesetas á los conductores ó dueños de los carros que vayan cargados con colmo; *suprimir los organillos ambulantes*, y modificar en beneficio del público los precios de conducción en los tranvías del Norte.,

La lectura de ese suelto me ha sumido en profundo desconuelo; porque Estruendópolis es para mí la primera ciudad del mundo, por ser la más ruidosa y bullanguera, y la supresión de que se habla en la mencionada noticia no es sino el principio de la decadencia de Estruendópolis.

¿Qué va á ser de Estruendópolis sin organillos ambulantes?

Con ellos había llegado esta ciudad, en donde toda incomodidad tiene su asiento, al más alto punto de estrépito que pudiera apetecer el sordo más endurecido, y gracias á ellos podía saludar á Estruendópolis, como Vasco á su *sognata terra*, todo el que perteneciera á la escuela de aquel personaje de *Tartarin en los Alpes*, que á cada paso exclamaba en su *patois* franco-provenzal:

—*¡Fen de brut!* (¡A meter ruido!)

Por fortuna, todavía quedan campanas en las iglesias; pitos en los tranvías; músicos ambulantes de todas castas y condiciones; vendedores de cuanto hay que vender,

que pregonan su mercancía á grito herido; carretas á cuyo paso se estremecen las casas desde los cimientos hasta el tejado; telones metálicos en las puertas y ventanas de todas las tiendas; máquinas de vapor que para suministrar luz eléctrica á un teatro ponen en trepidación un barrio entero; escuelas de niños y niñas donde las cosas se enseñan y se aprenden en forma de coros chillones y estridentes; una muchedumbre que no sabe hablar en la calle sino á grito pelado; en cada piso un piano, y cuando no, una guitarra, y cuando no, un acordeón, y cuando no es acordeón, ni guitarra, ni piano... es un poeta lírico ó dramático.

Porque hasta este último oficio, que en todas partes es pacífico y silencioso, es en Estruendópolis ruidoso y molesto para la vecindad.

Yo viví—si aquello era vivir—en la habitación inmediata á la de un autor distinguido, y no pude lograr un instante de sosiego.

Otro poeta, el sin par Zapata, me explicó el caso, diciéndome:

—Las redondillas se hacen ahora con cepillo, sierra, martillo y escoplo.

Toda gran capital, por grande que sea, tiene barrios tranquilos y callados, en don-

de pueda recogerse el que guste ó necesite de la quietud y el reposo. Estruendópolis, no. Es la ciudad del ruido á todas horas y en todas partes, en las calles y en las casas, de día y de noche.

Todo se hace á voces, hasta el amor, y el culto que se rinde á toda clase de ruidos enojosos y cacofónicos es tan ferviente, que no me explico cómo no se han elevado altares al dios Crépitus, al modo de los paganos de buen humor.

En Zaragoza está condenada la población poco menos que á vendaval perpetuo, y en Estruendópolis no suele soplar más que un vientecillo sutil, del cual se dice que mata á un hombre y no apaga un candil. Pues bien: ¡hasta los portazos son más ruidosos en Estruendópolis!

Como suprema expresión del mérito de alguien ó de algo, se dice que *mete mucho ruido*; á la protesta de la voluntad contrariada se la llama *poner el grito en el cielo*; de una obra que agrada se dice que *está alborotando*; el mal éxito es sinónimo de *trueno gordo*; las manifestaciones imprevistas se denominan *campanadas*; para pedir ó anunciar versos en las tertulias, se grita *¡bomba!*, y hasta la muletilla que ahora priva en las conversaciones es la de *¡pum!*

Los juegos infantiles, clamorosos en todas las regiones del planeta, son más clamorosos en Estruendópolis; porque los chiquillos no juegan más que al toro, y como el medio ambiente influye hasta en las bestias, en cada calle y cada plaza hay perros aficionados que se prestan á las suertes del toreo mejor que las mismas reses profesionales.

¡Oh, los perros! En Estruendópolis hay más perros que en Constantinopla; viven felices y respetados por la autoridad, y no son ellos los que menos contribuyen á mantener la "animación," de la villa, ó mejor dicho, de la *bullá* y corte.

Para los humanistas de Estruendópolis, ningún verso latino supera en belleza á aquel que dice:

Horrida per campos bambombarda sonabant,

Ni tampoco se ha dicho nada peor ni más absurdo que el

Conticuere omnes intentique ora tenebant,

tan celebrado en otras naciones.

En Estruendópolis no se sabe lo que es callar. La razón y la victoria se las lleva el que tiene más pulmones, y entre la gente del pueblo la injuria más terrible consiste en decir:

—¡Que te calles!

Y no hay manera de huir el perpetuo y enojoso bullicio.

Se va usted á un paseo retirado, y por la mañana le despierta un estruendo formidable, entre huracán y terremoto...

— ¡Es Cánovas que vuelve de Andalucía!

Cambia usted de domicilio, se va al otro extremo, y en la noche misma del traslado le sobresalta nuevo clamoreo y vocerío...

— ¡Es Echegaray que vuelve en triunfo de un estreno!

Esto cuando no hay pronunciamiento, revolución ó cosa por el estilo, á lo cual se llama modestamente *jarana*; tan escasa es la importancia que dá Estruendópolis á esos alborotos.

Hasta las casas están construídas en Estruendópolis de manera que se transmitan de cuarto á cuarto los ruidos y rumores de todo género, sin que pueda usted libertarse de oír cuanto dice y hace el vecino de al lado, el de abajo y el de arriba.

Por todo consuelo, puede usted decir, con Lope de Vega, cuando habla de los difuntos:

Fea pintan á la envidia,
y confieso que la tengo
de unos hombres que no saben
quién vive pared en medio

—¿Y cómo no emigra usted de Estruendópolis?—me preguntará el lector forastero.

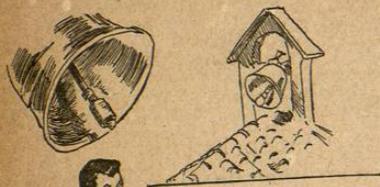
—Porque soy sordo de un oído, y espero quedarme en breve plazo inútil de los dos.

—¿Pues no se ha empezado ya por suprimir los organillos ambulantes?—replicará el lector susodicho.

—Sí; pero ya verá usted, digo, ya oirá cómo se inventa algo que mantenga la Santa Tradición. Por algo es Estruendópolis la capital del país de los petardos.

Febrero de 1890.





MÁS SOBRE ESTRUENDÓPOLIS

Mi artículo de anteayer ha parecido bien á muchos madrileños, á juzgar por las numerosas cartas que he recibido en el mismo son y compás.

Elegiré entre ellas las que vienen á completar la descripción de Estruendópolis.

PRIMERA

Muy señor mío: Al enumerar los estrépitos de esta sin par metrópoli, *donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación*, como dijo el príncipe de nuestros ingenios, ha olvidado usted el clamoreo de los mendigos, incesante, continuo, insufrible.

¿De qué ha servido la campaña aquella que hizo la prensa dos ó tres meses há?

Para que se dijera que las autoridades "iban á tomar," medidas, y se las diera con este motivo mucho *bombo*, otro estruendo característico de Estruendópolis.

Las medidas se han quedado sin tomar; los pordioseros de oficio sin perseguir, y la Corte de los Milagros sin cambiar.

Usted dice que está inútil de un oído, y que espera quedarse sordo de los dos. ¿Qué? ¿Aspira usted á ser alcalde ó gobernador de Estruendópolis?

SEGUNDA

Mi distinguido amigo: Entre los mil y un ruidos de Estruendópolis pone usted el que mueven las campanas de las iglesias.

De este clamor se puede huir, yéndose á vivir lejos de todo templo, convento, oratorio, etc. (cosa, sin embargo, difícil, dado el aumento que desde la Restauración ha tenido el número de esas casas, llamadas de recogimiento, aunque no dejan recogerse al vecindario); pero ¿y las campanillas del Santo Viático?

Si en circunstancias normales para la salubridad pública pueden pasar, no así en

ocasiones como la de la epidemia que acaba de sufrir Estruendópolis. Ese lúgubre sonido es el más alarmante de todos. Inquieta al despreocupado, asusta al aprensivo, y aterra al pobre enfermo, que desde el lecho del dolor escucha cada media hora los siniestros campanillazos.

Yo no me quejo del todo, porque esa congoja y zozobra apresuraron este invierno la muerte de mi suegra; pero si *no hay mal que por bien no venga*, esta no es razón para dejar de combatir los males.

TERCERA

Muy señor mío y amigo: Don José Abascal (q. e. p. d.) acabó con los bárbaros estrépitos de la noche de Reyes y con las cargantes acometidas de la Cruz de Mayo.

¡Loada sea su memoria, aunque pese á los tradicionalistas de Estruendópolis!

También, si no estoy equivocado, fué el Sr. Abascal quien concluyó con aquellas mujeres alquiladas que se situaban en las puertas de las administraciones de lotería, mortificando á los vecinos y transeuntes con la chillona y destemplada cantata: *Ma-*

ñana... es último día de billetes! ¡Hay décimos... á veinticuatro reales!

¿Cuándo habrá en Estruendópolis un alcalde que se interese por el reposo de sus administrados, siga aquellos ejemplos, y prohíba á los serenos ese brutal aporreamiento de puertas, de que se sirven para despertar en las altas horas de la madrugada á ciertos tenderos... y á muchos que no lo somos?

Estoy á matar con esos estruendosos avisos, impropios de una población que pretende ser culta, y de los cuales viene á resultar que los encargados de impedir el *tapage nocturne* son los primeros que lo promueven.

CUARTA

Amigo Cavia: Pero, hombre, ¿dónde se ha dejado usted las *murgas*? ¿Las crueles, las terribles, las espantables *murgas*?

QUINTA

Muy señor mío y convecino: El miércoles dijeron los periódicos que los tenientes de alcalde habían acordado suprimir los organillos ambulantes; y *con efecto*, hoy sábado

han estado tocando frente á mi casa tres de esos instrumentos... de tortura.

Me parece que Estruendópolis podría llamarse también Desobedenciópolis.

¿O es que los tenientes de alcalde han vuelto sobre su acuerdo?

D. José Navarrete decía en un artículo, acerca de los antiguos organillos de los saboyanos, que quizá su grata melodía, sonando de pronto en la calle, habría detenido la mano de algún infeliz dispuesto á quitarse la vida... Note usted—como observación pareja de la de Navarrete—que desde la irrupción de los modernos pianos mecánicos, ha aumentado la estadística del suicidio.

Ventura Ruiz Aguilera dedicó al organillo del saboyano sentidos versos, y ya he visto el *pendant*, en forma de parodia, que les ha puesto usted en el *Madrid Cómico*, á propósito de los pianos de manubrio.

¡Sí, sí! ¡Con versitos va usted á arreglar á Estruendópolis!

SEXTA

Muy señor mío y de mi mayor consideración: Está muy bien aquello del que se va á un paseo extraviado y se encuentra con una silba á Cánovas, y al mudarse al otro

extremo, se halla con una ovación á Eche-
garay; pero ¿cómo ha omitido usted la si-
tuación del que, alejándose del bullicio del
centro, tiene que oír todas las noches el ti-
roteo de los matuteros y los guardas de
consumos?

Esta situación, señor, es la del que sus-
cribe, y crea usted que, á pesar de haber
estado en Bilbao durante todo el sitio de
1873 y 1874, no he podido acostumbrarme
todavía á esos "encantos," de la vida de Es-
truendópolis.

SÉPTIMA

Mi estimado amigo: ¿Y esa Puerta del
Sol? La parte comprendida entre las calles
de la Montera, Carmen y Preciados, es un
exacto trasunto del *zoco* de Fez en día de
feria, de un bazar de Tombuctu, ó del Ras-
tro y la calle de la Ruda por las mañanas.

La gritería y los empujones de los mer-
cachifles ambulantes, revueltos con los ven-
dedores de periódicos y los vagos de toda
ralea, dan á aquel sitio de Estruendópolis
mucho "color local".

Lo que hay es que, con tanto "color lo-
cal," parece que estamos en el Cairo y no
en una ciudad europea.

OCTAVA

Te has dejado en el tintero, amigo Ma-
riano, las salvas de artillería con que, un
día sí y otro no, se acuesta y se levanta el
vecindario de Estruendópolis.

La familia reinante es tan numerosa y
dilatada, que cuando no es el santo de uno
de sus miembros, es el cumpleaños de otro,
y así sucesivamente.

¡Si al menos se pagara todo ese cañoneo
con los 40 millones de reales de la lista
civil...!

Pero no. Estruendópolis, que no tiene di-
nero para pan, ha de tenerlo para salvas de
pólvora.

Y á propósito de cañonazos. Ya habrás
visto que han declarado santo nacional á
San José, que hasta aquí era santo extran-
jero.

Tendremos, pues, cañoneo *in partibus* el
día 19 de Marzo, y bueno será advertirlo
por papeletas y carteles, por si todavía que-
dare en Estruendópolis alguien á quien
alarmen esos estrépitos, sin los cuales está
probado que no nos podemos pasar.

*
*
*